

PERSONAJES.

ISABEL.
ARABELA.
LEONOR, doncella de Isabel.
EL BARON DE BOHUN.
EL BARON FITZ-EUSTAQUIO.
ALBERTO.
ALFONSO, escudero.
PEDRO.
TIMOTEO.
Caballeros armados.—Criados.

La escena es en el castillo del barón Fitz-
Eustaquio. Inglaterra.—Siglo XI.



ACTO PRIMERO

LA DESPEDIDA.

Salón gótico ricamente amueblado con
adornos de trofeos militares en las pare-
des.

ESCENA I.

TIMOTEO, PEDRO.

(Aparecen limpiando los muebles.)

Ped.—Grande función se prepara;

Pero ¿sabes lo que pienso?

Que á pesar de este aparato

Y preparativos regios,

Creo que tiene la tal boda

Más bien traza de un entierro.

Tim.—¿Un entierro? ¡mentecato!

¿Un entierro? ¡mentecato!
 Con un baile, y un torneo,
 Y un festín, y tantos nobles
 Y valientes caballeros,
 Que vienen de treinta millas
 A la redonda, cubiertos
 De brillantes armaduras.
 Plumas y galas, y.... Pedro,
 Tú no sabes lo que dices.

Ped.—Lo que digo, Timoteo,
 Es, que todas esas galas,
 Y esas músicas que el viento
 Atruenan por todas partes,
 Y el convite, y el torneo,
 Todo esto de nada sirve
 Si la novia....

Tim.— Vaya, necio,
 ¿Y qué tienes que decir
 De Lady Isabel?

Ped.— ¿Qué tengo
 Que decir? que es una joven
 Angelical, un portento
 De virtud y de hermosura;
 Pero que, según entiendo,
 Ella tiene tantas ganas
 De casarse, como tengo
 Yo de morirme.

Tim.— Repito
 Que eres un tontazo, Pedro
 ¡Vaya! ¡pues es nada el novio!
 El más rico caballero
 De Inglaterra, y el más noble

Y valiente; nada menos
 Que el barón de Bohún; digo,
 El que no hace mucho tiempo
 Salvó la vida al monarca,
 Cuando lo iba un sarraceno
 Allá en Ascalón, un día,
 A rajar de medio á medio:
 Y por lo mismo Ricardo
 Le ha concedido por premio,
 Que ponga en su escudo de armas,
 Aumentando sus trofeos,
 Una cabeza de moro
 Con sus bigotazos negros,
 Que da gusto.

Ped.— Yo me río:

¿Puedes pensar, majadero,
 Que los bigotes del moro,
 Por muy grandes y muy negros
 Que sean, hayan podido
 Mover á la novia? Creo
 Que ni cabezas de moro,
 Ni moros de cuerpo entero,
 Harán que la señorita
 Quiera al tal Barón.

Tim.— Silencio:

Eso es otra cosa: mira,
 Hace poquísimo tiempo
 Que sirves en el castillo:
 Tú no sabes los secretos
 De la familia, y yo sí;
 Mas no saldrá de mi pecho,
 Ni siquiera una palabra

En asuntos de tal peso:
Eso no; soy reservado
Como un poste.

Ped.— Bueno, bueno;

Yo no digo lo contrario;
Pero si eres tan discreto
Y tan honrado, debías,
Por caridad á lo menos,
Ponerme un poco al corriente
De estas cosas: por supuesto
Que no es por curiosidad;
No tengo yo tal defecto:
Pero al fin soy de la casa.

Tim.— Pues sírvate de gobierno.

Que el barón de Bohún, el novio,
Tiene un endiablado genio.
Es valiente, cierto, y rico,
Y de titulones lleno:
Però muy vano y altivo,
Regañón... pero no puedo
Decirte más.

Ped.— Lo que has dicho

Sirve para qué de nuevo
Afirmo yo que la boda
No tendrá buen paradero:
Cómo nuestra señorita,
Joven, bella, cuyo genio
Es la bondad misma, puede
Querer á un maldito viejo
Regañón, altivo?... ¡vaya!
Quemara yo, Timoteo,
Mis papeles, si á esta hora

No palçita ya su pecho
Por algún joven hermoso
Más digno de ella.

Tim.— ¡Silencio!

Silencio, lengua maldita,
¿Qué te importa nada de eso?
Aquí se mira y se calla.

Ped.— Bien está; pero no puedo
Dejar de compadecerme
De la señorita; cierto
Que será muy desgraciada
Con el tal barón, pudiendo
Ser tan feliz con.....

Tim.— Pero hombre,

Es imposible; si Alberto
No es más que un pobre muchacho,
Un expósito; si al menos
Tuviera algún titulillo;
Pero nada; no sabemos
Quiénes han sido sus padres.
En una ocasión, volviendo
De la caza nuestro amo,
Encontró en el duro suelo
Al pobre niño; su llanto
Le enterneció, y al momento
Le trajeron al castillo,
Le dieron por nombre Alebrto,
Y está aquí, como quien dice,
Por caridad: si un asiento
En su mesa le da el amo,
Es porque él es un portento
De valor, y porque supo

Ganar con su propio acero
De Caballero la Orden,
Que si no, ya estaba fresco;
Si él estuviera atenido
A los pergaminos viejos
De nobleza, te aseguro
Que fuera hoy tan caballero
Como yo.

Ped.— Pues la verdad
¿Quieres que te diga? aprecio
Mucho más á los que ganan
Por sí mismo sus empleos,
Que no á esos almirarados
Orgullosos, que no han hecho
Cosa alguna de importancia,
Y sólo son caballeros
Y se llaman hombres grandes
Porque sus padres lo fueron.
Yo no sé cómo es posible
Que prefieran á ese viejo
Barón, sólo porque es noble.

Tim.—Y muy rico.

Ped.— ¿Y qué sabemos
De dónde le habrán venido
Sus riquezas? Yo me acuerdo
Que, hace poco el tal Barón
Era un segundón hambriento:
Que de repente su hermano
Se encontró en un bosque, muerto
Sin saber cómo; su viuda
También murió á poco tiempo,
Y entró en posesión de todo
Ese Walter: no, yo pienso.....

Tim.—Pedro, Pedro, en los palacios
Se ha de hablar con mucho tiento:
Tú eres novicio, y no sabes
Estas cosas.

Ped.— Pues....

Tim.— Silencio,
Que alguno viene. ¿No escuchas
Ruido de pasos?

Ped.— El miedo
Que te zumba en los oídos.

Tim.—No, no; viene alguno.

Ped.— Es cierto.

Tim.—¿Si te habrán oído?

Ped.— Mira:

Es el señorito Alberto.

¡Pobrecillo! ¡Cuán mudado;

Cuán pálido y macilento

Está su rostro! ¡qué triste!

Me da lástima: ¡es tan bueno,

Tan afable! no, si acaso

Me hallara yo en su pellejo,

Te aseguro que hoy hacía

Una locura....

Tim.— Silencio,
Que ya llega.

ESCENA II.

Dichos. ALBERTO.

Alb.— Amigos míos,
(Con un aire muy abatido.)
Qué hacéis aquí?

Ped.— Sacudiendo
Este salón, porque dicen
Que dentro de poco tiempo
Estará aquí el novio.

Alb.— ¡El novio!

Tim.—Y los otros caballeros,
Que han de asistir á la boda.

Alb.—¡A la boda!

Tim.— Y al torneo:

Ya está todo prevenido
En el gran patio: tendremos
Música, baile.... quién sabe
Cuántas cosas.

Alb.— (¡Yo fallezco!)

(Se deja caer en una silla)

Tim.—Ya tiene la señorita
Muy adornado su asiento:
Ya la tienda de campaña
Del señor Barón.....

Ped.— ¡Qué necio
(Bajo á Timoteo.)

Eres! ¿no ves lo que sufre?
¿No te acuerdas del proverbio:
En la casa del ahorcado
No mentar la sogá?

Tim.— Cierto:
Tienes razón.

Ped.— Pues al punto
Vámonos por allá dentro:
Dejemos al señorito

Tim.—Oye: en tiempos de festejo,
Nuestro viejo mayordomo
Suele alvidar un momento

De la bodega la llave
Y el que es vivo....

Ped.— Ya te entiendo:
Un trago por la mañana
Nunca daña.

Tim.— Pues al hecho:
Vamos.

Ped.— Vamos. ¡Pobrecillo!
(mirando á Alberto.)

Ves qué triste está?

Tim.— ¡Camueso!
¿Pues qué perder una novia
Es friolera?

Ped.— Por supuesto.
(Se van.)

ESCENA III.

Alb.—¡Músicas, baile, alegría!
¡En todas partes contento!
¡Todos rien, y el tormento
Despedaza el alma mía!
¡Aciago, funesto día!
¿Qué me resta? ¡desdichado!
La muerte! desesperado,
Mi existencia maldiciendo,
Iré á buscarla, muriendo
De todos abandonado!

¡La muerte, sí, sí, la muerte!
¡Huérfano infeliz, próscrito!
En tí amar es un delito;

¿Habrá más horrible suerte?
 Isabel, voy á perderte,
 Hoy voy á perderte, sí,
 Sólo porque no nací,
 Conde, duque, ni barón;
 Porque horrible maldición
 Pesa siempre sobre mí!

¿A quién he debido el ser?
 Por el delito engendrado
 Fuí tal vez, y abandonado
 A llorar, á padecer:
 Tal vez la triste mujer
 A quien la vida debí,
 Quiso arrojar me de sí
 Como objeto vergonzoso,
 Y entregarme al que piadoso
 Se condoliera de mí.

¿Y qué, puede sin temblar,
 Sin fallecer de dolor,
 Al objeto de su amor
 Una madre abandonar?
 Tu pecho despedazar
 No sentiste, madre mía,
 Cuando en orfanda impía
 Me dejaste? ¡Desdichado!
 ¡Tal vez murió, y me ha llamado
 En su fatal agonía!

¡Ay, acaso al darme el ser
 Perdió la infeliz la vida,
 O de miseria oprimida,

Está pronta á fallecer,
 ¡Oh, si pudiera romper
 Este velo misterioso!
 ¡Permíteme, Dios piadoso,
 Que la vea un sólo instante,
 Aunque de su seno amante
 Pase al sepulcro espantoso!

Pero si no habita ya
 Este valle de dolor;
 Si en otro mundo mejor,
 De Dios ante el trono está;
 Por su hijo rogará,
 Porque se cambie mi suerte,
 Porque antes, antes de verte,
 Isabel, en otros brazos,
 De mi existencia los lazos
 Rompa piadosa la muerte!

Amada Isabel, en tí
 Mi única dicha encontré;
 Mis pesares olvidé.
 Desde el punto en que te ví;
 Pero ya, ¡triste de mí!
 Ya no es mía tu beldad;
 La mano de la verdad
 De la ilusión rompe el velo,
 Vuelve á condenarme el cielo
 A miseria y orfandad.
 (Yéndose.)

¡Es ya forzoso partir:
 Adiós, castillo dichoso,

Donde un tiempo venturoso
Pensaba siempre vivir!
¡Oh, si á sus ojos morir
A lo menos yo lograra!
Si á sus plantas expirara,
Feliz al morir sería,
Y la humilde tumba mía
Ella con llanto regara!

Pero no; ni este favor
Quiere concederme el cielo;
Morir debo en otro suelo
Consumido de dolor;
El objeto de mi amor
No me verá moribundo;
En abandono profundo,
Moriré sin un testigo;
Ni un pariente, ni un amigo
Dejaré al salir del mundo!

¡Adiós, objeto adorado,
Que amé, que amo todavía,
Que siempre en el alma mía
Está con fuego grabado!
¡Adiós, dueño idolatrado!
¡Adiós! mas... ¿no es ella? sí,
Es Isabel: ya está aquí;
Huyamos, ¡ay! es forzoso...
No puedo! ¡el cielo piadoso
Tenga compasión de mí!

(Se deja caer en una silla en el mayor abatimiento.)

ESCENA IV.

ISABEL, ALBERTO.

Isab.—¡Alberto!

Alb.— ¡Isabel!

Isab.— ¡Yo muero!

Alb.— Con que es cierto, en fin, que vos
Hoy mismo....

Isab.— ¡Calla, por Dios!

¿También tú el feroz acero,
Que mis entrañas devora,
Quieres empujar, cruel?

Alb.—¡Ay, también mi pecho él

Está rompiendo, señora!

Isab.—¡Señora! ¿esto más?

Alb.— He aquí.

El nombre que os debo dar.

Isab.—¿Con que es fuerza renunciar
Aun á la esperanza?

Alb.— Sí:

Ya no miro en vos aquella
Que mis delicias hacía;
Hoy es el último día
Que veré esa frente bella:

Hoy mismo Isabel será
A las aras conducida,
Y hoy mismo mi despedida
Este asilo escuchará.

No verán mis ojos, no,
De mi rival el contento,

Ni escucharé el juramento
Que la violencia dictó.

Furioso, desesperado,
Sin asilo, sin consuelo,
Vagaré en extraño suelo,
De mis penas agobiado:

Sobre mi caballo fiel,
Compañero de mi gloria,
Llena siempre mi memoria
Con la imagen de Isabel,

La muerte voy á buscar.

Isab.— ¡Y yo aquí la encontraré!

Alb.— Tu nombre repetiré

Al momento de expirar.

¡Oh mi bien el más querido!

¡Mi delicia, mi tesoro!

La fuerza con que te adoro

Nunca cual hoy he sentido!

¡Tú ves el constante ardor

Que devora el alma mía;

Mas no sabes todavía

El exceso de mi amor!

Isab.— ¡Alberto!

Alb.— Llega, Isabel,

Llega esa mano adorada

Al pecho en que estás grabada

Por un eterno cincel:

¿No sientes este latir,

Este furioso volcán?

¡Ay, de aquí te arrancarán

Cuando deje de existir!

Ese orgulloso Barón

Obtendrá tu helada mano;

Pero nunca el inhumano

Poseerá tu corazón;

Ese corazón es mío,

Lo juraste ante el Eterno,

Y al mundo y al mismo infierno,

Por gozarlo desfilo.

Recuerda, cara beldad,

Aquella noche preciosa,

En que tu boca de rosa

Colmó mi felicidad?

Cuando trémula, turbada,

Llena de pudor divino,

“Te amo,” dijiste. . . . ¡oh des-

Infeliz!

Isab.— ¡Desventurada!

¿Y podré sobrevivir

A este momento terrible?

¡Alberto, no, no es posible

Los dos debemos morir:

Sí, mi bien, la tumba mía,

Será ese lecho nupcial!

Alb.— ¡Ah! calla, Isabel, ¡qué mal!

Me hace esa palabra impía!

¡Lecho nupcial! no; ¡primero

Mi cadáver han de hollar;

Venga el Barón á buscar

Tu mano con el acero:

Veamos si tan fuerte es,

Como altivo y orgulloso!
 ¡Pronto ese rival odioso!
 Quedará muerto á tus pies!
 ¡Pronto verás al traidor:
 En sangre impura bañado,
 Su pecho despedazado
 Por mi acero vengador,
 Y el sol que debe alumbrar
 Su victoria, su ventura,
 Una escena de amargura
 Vendrá sólo á presenciarse!
 ¡No brillará sobre flores
 Su rayo resplandeciente;
 Sobre sangre solamente,
 Sangre, venganza y furores!
 ¡En vez de cantos de amor,
 De muerte se oirá el gemido!
 ¡Será en luto convertido
 Ese soberbio esplendor!

Tiemble, tiemble ese Barón!

Isab.—¿Y mi padre?

Alb.— ¡Oh Dios!

Isab.— ¡Sabrá
 Nuestro amor, y en mí caerá
 Su terrible maldición!

Alb.—¡Ah! qué nombre has pronunciado!

Tu padre, el hombre que un día
 Salvó la existencia mía,

¿Será por mí desgraciado?

¿Y en cambio de su bondad
 Y su paternal amor,
 Yo llenaré de dolor

Su cansada ancianidad?

¡No, jamás; sabré sufrir

El sacrificio cruel:

Yo te lo juro, Isabel,

Sabré callar y morir!

Isab.— ¡Morir!....

Alb.—Morir: ¿presumes que pudiera

Vivir sin tí? jamás: tú, mi esperanza,

Tú, mi consuelo, mi ventura fuiste:

Tú, tú sola pudiste

Adormecerme en dulces ilusiones,

Regar de flores el camino incierto,

Que el destino fatal me señalaba;

Isabel, ya conozco que soñaba;

Y que á la realidad por fin despierto,

Una mano de hierro me sacude,

Y á un abismo sin término me lanza:

Vuela desecha en humo mi esperanza;

¡Cómo olvidarme de mi origen pude!

¡Cómo pensar que un huérfano infelice,

Sin nombre, sin riqueza,

Su destino infeliz unir podía

A la hija de un Barón! ¡desventurado!

¡Ya la suerte castiga mi osadía!

Isab.—Alberto, cesa por piedad: ¿acaso

Necesita blasones

Un hombre como tú? ¿Cuál es más bello

Que la virtud sagrada que atesoras?

Tu generosidad, tu noble brío,

Mi corazón sencillo arrebataron,

Y mis labios, Alberto, te juraron

Unir por siempre tu destino al mío.

Alb.—¡Inútil juramento! ¡Tú olvidabas

Que yo era un miserable, sin fortuna,
 De compasión y de miseria objeto:
 Olvidaste, Isabel, en tu delirio,
 Que de un noble la hija es una esclava,
 Que de su mano disponer no puede,
 Ni de su corazón!

Isab.— ¡Verdad terrible!
 ¡Espantosa verdad! mas al mirarte
 ¿En otra cosa, Alberto, pensaría,
 Que en amarte sin fin? cuando tus sienas
 La victoria en el campo coronaba,
 Míos tus triunfos y tus glorias eran!
 La voz de la esperanza me decía,
 Que mi mano tal vez la recompensa
 De tu valor y tu virtud sería:
 ¡Inútil esperar! sin consultarme
 Mi padre fija mi infelice suerte,
 ¿Qué puedo hacer, si no esperar la muerte?
 Mil veces he querido
 Descubrir nuestro amor ante sus plantas,
 Mas me hiela el pensar que acaso airado,
 En tí descargue su furor terrible,
 Y sin amigos, sin recurso alguno,
 De la miseria víctima serías!

¡Alberto, Alberto, tempestad horrible
 Sobre nosotros despiadada truena,
 Sin poderla evitar! ¡ay! ¿Qué se han hecho
 Aquellos dulces, venturosos días
 De nuestra infancia? ¡Oh Dios! eran un
 (sueño,
 Que ya se disipó!

Alb.— ¡Sí, sí, no hay duda:
 A veces se suspenden mis dolores —

Con el recuerdo de tan bellos días
 ¿Te acuerdas, Isabel, de aquella noche
 En que brillaba espléndida la luna?
 Asentados los dos en la ventana
 Que da hacia el bosque, y contemplando
 Del firmamento la extensión inmensa,
 Y á la naturaleza silenciosa,
 Una vaga tristeza me oprimía:
 Me contemplaba solo, abandonado
 Desde que vine al mundo, en mis oídos
 No habían sonado los sagrados nombres
 De "hijo ó de hermano"; nunca mi cabeza
 Reposó sobre el seno de una madre.
 Nunca, Isabel! ¡Tan tristes pensamientos
 Mi corazón marchito consumían,
 La noche aquella, que olvidar no puedo,
 Que no quiero olvidar, tú penetraste
 Mis tormentos atroces, tú volviste
 A mí tus ojos de ternura llenos,
 Y una mirada, una mirada sola
 Calmó la fiebre que en mi pecho ardía!
 "¿Por qué lloras, Alberto, me dijiste,
 No soy tu hermana yo, mi padre el tuyo?"
 ¡También llorabas! En aquel instante
 Un Dios me pareciste, un Dios clemente,
 Que á la vida de nuevo me volvía:
 Mi único anhelo fué desde aquel día
 De laurel puro coronar mi frente:
 Blandió mi mano la pesada lanza,
 Por mi valor ansiando merecerte,
 Volé á la gloria, desafié á la muerte,

Y coronó el destino mi esperanza :
 Al lado de Ricardo, en Palestina,
 Yo el primero al peligro me arrojaba,
 Y en medio de las lides me animaba
 Tu imagen pura, celestial, divina!
 ¡Oh, cuántas veces cuántas, esta mano
 Rompió los musulmanes escuadrones,
 Y sobre sus vencidos torreones
 Alcé las cruces del pendón cristiano!
 A mis hazañas, á mi fuerte acero,
 Que no brilló sin gloria vez alguna,
 Premió Ricardo, y tuve la fortuna
 De verme al fin armado caballero.
 Rico de gloria, ardiendo en amor puro,
 Volé á tu lado, y de tu labio hermoso
 Una sonrisa todos mis afanes
 Coronó dulcemente; no enviadiaba
 La regia pompa y esplendor del trono;
 Tú sola fuiste de mi afán el centro:
 Adorarte, servirte, ser tu esclavo,
 Fué mi gloria, Isabel: si la tristeza
 De mi alma alguna vez se apoderaba,
 Tu mirar la tornaba en alegría:
 Tu voz en mis oídos resonaba
 Como el acento de una madre tierna,
 Cual de una hermana el cariñoso halago,
 Como el concierto melodioso y puro,
 Que ante el trono de Dios el ángel canta.
 Isabel, Isabel, ¡cuántas delicias,
 En solo un día me arrebató el cielo!
 Acércate:

(Llevándola á una ventana.)

Contempla esas montañas

Que el sol apenas á dorar empieza:
 Él no se ocultará tras esas rocas
 Antes de que se cumpla tu himeneo.
 Isab.—¡Calla, calla por Dios! ¿por qué re-
 (cuerdas
 El momento fatal de mi suplicio?
 Alb.—¡Mañana se habrá alzado una ba-
 (rrera
 Eterna entre los dos!
 Isab.— ¡Alberto, calla!
 Alb.—Mañana, errante, solitario, triste,
 Sin porvenir, sin esperanza alguna,
 La muerte iré á buscar; y tu entretanto
 De oro y púrpura un lecho ocupar de'es!
 Isab.—¿No tienes compasión de mis pe-
 (sares?
 ¿Te complaces, cruel, en mis tormentos?
 Alb.—Perdóname, Isabel: mi pecho triste
 Hiel rebotando está, y el labio mío
 Ultraja tu dolor. Adiós, amada;
 Preciso es ya partir.
 Isab.— ¿Te vas?
 Alb.— ¡Es fuerza!
 Isab.—¿Y á dónde?
 Alb.— No lo sé: ¡por todas partes
 Irá cual sombra mi dolor conmigo!
 Isab.—Detente todavía.
 Alb.— ¿A qué? ¿Pretendes
 Que te mire llegar hasta las aras?
 ¡Jamás, jamás! si respeté hasta ahora
 A mi padre adoptivo; si he ocultado
 A sus ojos mi amor, ha sido sólo

Por un esfuerzo doloroso, grande,
Que concebir no puedes; pero al verte
Tender tu mano á mi rival odioso,
Pronunciar el sagrado juramento,
¿Pienzas que pueda reportar mi furia?
¿Pienzas que mi puñal, mil y mil veces,
El corazón del pérfido no rompa?
¿Isabel, Isabel! hoy á lo menos
Sólo nosotros infelices somos;
Pero tu padre no: tal vez un día
El sabrá mi dolor, sabrá cuán caros
Pago sus beneficios.
Isab.— El se acerca!
¿Cómo ocultar mi bárbaro tormento,
Ni detener mi llanto? ¿Cuánto sufro!
¿Sosténme tú, Dios mío!

ESCENA V.

Dicho. EL BARON FITZ-EUSTAQUIO

Fitz.— Hija querida:
El momento feliz es ya llegado
De ver asegurada tu ventura:
El barón de Bohún, tu noble esposo,
Seguido de valientes caballeros,
Pronto vendrá á jurar entre tus brazos
Eterno amor: el patio del castillo
Engalanado está para el torneo;
¿Pero qué miro? ¿tu semblante hermoso,
Triste y pálido está, por qué no cubren

Tu hermoso cuerpo las nupciales galas?
¿Temes este momento?
Isab.— ¡Oh, padre mío!
¿Al contemplar que voy á separarme
Para siempre de vos!
Fitz.— Ven á mi pecho!
Ven, mi dulce consuelo, mi esperanza;
De mi vejez cansada único apoyo:
Serena tu semblante, hija querida,
Pronto serás dichosa.
Isab.— ¡Oh, padre, padre.
Fitz.— Oyó mis votos el piadoso cielo:
Reflexiona, Isabel, cuánta ventura,
Cuánto brillo derrama este himeneo,
Sobre nosotros! á los altos timbres
De tus abuelos se unirán ahora
Los de un noble Barón, de un gran gue-
(rrero)
Por el mismo Ricardo distinguido,
Alberto, ¿no es verdad?
Alb.— Si, padre amado!
Decís muy bien, señor. (Infierno, infierno!
¿Por qué no me sepultas?) Este enlace
(A Isabel.)
Te llena de esplendor, hermana mía;
Animáte, Isabel.
Fitz.— Hoy me parece
Que son menos mi años; la ventura
Anima el corazón de los ancianos;
Envidia tengo á tu futuro esposo;
Envidia á los valientes caballeros,
Que en el torneo lucirán ahora

Sus soberbios caballos y armaduras.
 Hubo un tiempo también en que mi brazo
 Lanzas rompió en honor de la belleza:
 Cuando tu buena madre, en dulce nudo
 Se unió á mi suerte, en ese patio mismo,
 En que hoy tu nombre sonará glorioso,
 Yo el de tu madre con valor sostuve:
 Ella mira sin duda desde el cielo
 Tu ventura, hija mía: pronto en torno
 Circulará la copa en honor tuyo
 En el festín magnífico; las bóvedas
 De este castillo, mudas tanto tiempo,
 Hoy van á resonar....

(Suena un clarín.)

¿Habéis oído?

Sin duda llegan ya los caballeros:
 A encontrarlos volemós, hijo mío:
 Y tú, cara Isabel, ve á prepararte:
 Cubre de hermosas flores tu cabeza:
 Ostenta tu hermosura; que tu esposo
 Te encuentre digna de su ilustre mano,
 Pura y brillante. Vamos.
 Alb.— Sí, ya os sigo.

ESCENA VI.

ALBERTO, ISABEL.

Alb.—¡El momento tan temido
 Ha llegado ya, Isabel!
 Ya se acerca vuestro reposo.
 Isab.—¡A sus ojos moriré!

Alb.—No; seguid, seguid, señora,
 El camino que al nacer
 Os señaló la fortuna;
 Haced feliz la vejez
 De vuestro padre, del mío,
 Sí, mi padre también es;
 Si no lo fuera.... ¡Infelice!
 ¡Qué posición tan cruel!
 Cuando el pecho se me abrasa
 ¿Debo callar? ¡Oh, deber!
 Tengo una espada y un brazo,
 Tengo de venganza sed,
 Tengo el infierno en el alma,
 ¿Y vengarme no podré?
 ¡Virtud fatal! Fitz-Eustaquio,
 Bienhechor mío, ¿por qué,
 Por qué salvaste mi vida?
 ¿Por qué al punto de nacer
 No exhalé el postrer suspiro?
 ¡Desgraciado!

Isab.— Yo no sé
 Lo que se pasa en mi alma:
 Yo me siento fallecer:
 Arde mi frente, mis ojos
 Todos los objetos ven
 Tintos en sangre: ¡un abismo
 Abrirse miro á mis pies!
 Y nadie tiende la mano
 Para salvarme de él;
 Tú te vas, tú me abandonas!

Alb.—¡Infeliz, qué puedo hacer!
 ¿Armar mi brazo, y en sangre